



Introducción: El don y la respuesta

Seguimos desgranando el evangelio de Cristo y, hoy, la Palabra de Dios nos invita a contemplar el misterio de la gratitud como respuesta justa y transformadora ante la misericordia de Dios. En el Evangelio, diez leprosos son curados, pero solo uno —un samaritano, un extranjero— vuelve glorificando a Dios y dando gracias. En el Antiguo Testamento, Nahamán, general sirio, tras ser sanado de la lepra, regresa a Eliseo con ofrendas y confesión de fe: *“Ahora sé que no hay Dios en toda la tierra sino en Israel”* (2 Re 5,15).

Ambos relatos nos revelan que la curación física es solo el comienzo. La verdadera sanación se consuma en el corazón agradecido, que reconoce al Dador y se convierte en testigo.

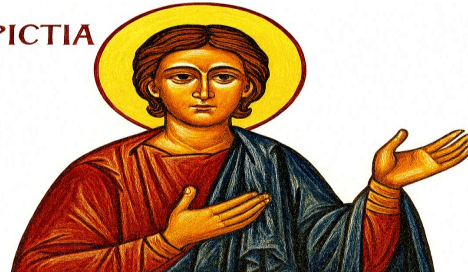
I. La gratitud como acto de fe

El leproso que vuelve no solo agradece: *adora*. Jesús lo subraya: *“¿No ha habido quien volviera a dar gloria a Dios sino este extranjero?”* (Lc 17,18). La gratitud es más que cortesía: es fe encarnada, es liturgia del corazón. San Agustín comenta: *“La gratitud es la memoria del corazón. El ingrato se parece al que recibe la lluvia y no da fruto”* (Sermón 306).

Nahamán, al principio escéptico, se humilla en el Jordán y, al ser purificado, su reconocimiento lo lleva a la conversión. No solo se da cuenta del poder

de Dios, sino que desea ofrecerle culto: *“No ofreceré holocaustos a otros dioses sino al Señor”* (2 Re 5,17). La gratitud lo transforma en creyente.

EYXAPICTIA



II. La ingratitud como ceguera espiritual

Los nueve leprosos curados no vuelven. ¿Por qué? Quizá estaban demasiado ocupados en recuperar su vida, en mostrar su salud a los sacerdotes, en correr hacia sus familias. Pero olvidaron al que les dio el don. San Juan Crisóstomo advierte: *“Nada hay más frío que un alma que no sabe agradecer. El ingrato se roba la gloria de Dios y se encierra en sí mismo”* (Homilía sobre Mateo 25).

La ingratitud no es solo omisión: es una forma de ceguera. Nos impide ver que todo bien viene de Dios. Nos hace vivir como si mereciéramos todo, como si fuéramos autosuficientes. Pero el corazón agradecido vive en la verdad: sabe que todo es gracia.

III. La gratitud como camino de salvación

Jesús dice al samaritano: *“Tu fe te ha salvado”* (Lc 17,19). No dice simplemente *“te ha curado”*, sino *“te ha salvado”*. La gratitud abre el alma a la salvación. San Basilio lo expresa bellamente: *“El agradecimiento es el perfume del alma que ha sido tocada por Dios. Es la flor que brota cuando la raíz es la humildad”* (Homilía sobre la acción de gracias).

IV. Aplicación: Ser testigos agradecidos

¿Cómo vivimos esta virtud? ¿Volvemos a Jesús cada día para darle gloria? ¿Reconocemos sus dones en lo pequeño, en lo cotidiano? ¿Somos agradecidos incluso en la prueba?

La gratitud no es solo un sentimiento: es una virtud que se cultiva. Es oración, es alabanza, es servicio. Como el samaritano, como Nahamán, estamos llamados a volver, a postrarnos, a confesar: *“No hay otro Dios sino el Señor”*.



V. Vivir eucarísticamente

El ser agradecidos nos hace eucarísticos. Nos une a Cristo que, en la Última Cena, dio gracias antes de entregarse. Vivir así, es vivir en Cristo, es hacer de cada día una ofrenda. Ser cristiano es vivir eucarísticamente. No solo asistir a Misa, sino hacer de la vida una acción de gracias. Cada gesto agradable —una oración, una sonrisa, una ofrenda— es participación en el misterio eucarístico. El samaritano que vuelve es figura del adorador, del discípulo, del alma que ha comprendido que la salvación comienza de esta manera.

Conclusión: Gratitud que transforma

La Eucaristía —acción de gracias por excelencia— siempre nos renueva en la virtud de la gratitud. Hemos de aprender a volver siempre a Jesús, a reconocer sus dones, a vivir como hijos que todo lo han recibido; esta manera de proceder, llenará nuestro interior de alegría.



Salmo 97, 1.2-3ab.3cd-4

Cantad al Señor un cántico nuevo,
porque ha hecho maravillas.
Su diestra le ha dado la victoria,
su santo brazo.

**El Señor da a conocer su victoria,
revela a las naciones su justicia.
Se acordó de su misericordia y su fidelidad
en favor de la casa de Israel.
Los confines de la tierra han contemplado
la victoria de nuestro Dios.
Aclamad al Señor, tierra entera,
gritad, vitoread, tocad.**

El Salmo 97 nos invita a cantar un *cántico nuevo*. No se trata simplemente de una melodía inédita, sino de una **nueva realidad** que ha irrumpido en la historia: “*mirabilia fecit*”, dice el salmista. Dios ha obrado maravillas. Y ante ese acto divino, la única respuesta adecuada es la alabanza.

Contexto histórico

Este salmo pertenece al grupo de himnos reales que celebran la realeza de Dios sobre toda la tierra. Probablemente fue compuesto en un contexto litúrgico, quizás para una fiesta del Templo, donde se proclamaba la victoria de Dios sobre el mal y su fidelidad al pueblo. Pero su lenguaje desborda el marco histórico: habla de una **salvación universal**, de una

justicia que alcanza a todas las naciones, de una alegría cósmica donde incluso los ríos y montes aclaman al Señor.

Lectura patristica

Los Padres de la Iglesia leyeron este salmo con ojos cristológicos. San Agustín, en sus *Enarrationes in Psalmos*, afirma que el *cántico nuevo* es **Cristo mismo**, y que cantarlo significa **vivir en Él**. Dice: “*El cántico nuevo es una vida nueva. El hombre nuevo canta el cántico nuevo*”,

Aplicación espiritual

Hoy, este salmo nos interpela. ¿Cantamos realmente un cántico nuevo? ¿O repetimos palabras sin dejar que la novedad de Cristo transforme nuestro corazón? El cántico nuevo se canta **con la vida**, no solo con los labios. Se canta cuando perdonamos, cuando servimos, cuando acogemos al otro como don. Se canta cuando dejamos que la **justicia de Dios** —no la nuestra— sea la que rija nuestras decisiones.

Conclusión

Cantemos, pues, no por costumbre, sino por **asombro**. Porque Dios ha hecho maravillas. Porque su salvación ha llegado hasta nosotros. Porque en Cristo, todo se ha hecho nuevo.

Que nuestra vida sea ese cántico nuevo. Que el mundo escuche en nosotros la melodía de la gracia. Que el Señor, al venir, nos encuentre cantando. Amén.



Catedral de Oviedo



En las fuentes de agua viva

Sancta Ovetensis

XXVIII DOMINGO “C”



**Solo el corazón agradecido
reconoce la salvación
que ha recibido.**